

BIBLIOTECA
Los Grandes Films
DE

La Novela Semanal Cinematográfica



Más fuertes
que su amor

POR
Gloria Swanson
y
Rudolfo Valentino

50 cts.

WOOD, Sam

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A.

* Beyond the Rocks,

Más fuertes que su amor

COMEDIA DRAMATICA

interpretada por los siguientes artistas:

Gloria Swanson, en el papel de TEODORA

Rodolfo Valentino, > > HÉCTOR
CONDE DE BRACONDALE

Alec B. Francis, > > CAPITÁN FITZGERALD

Robert Bolier, > > JULIO BROWN

Gertude Astor
Edyth Chapman etc.

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.

* Dictionnaire Cinéma Universel
Jeanne Ford vers Wood / too
En France "Le Droit d'aimer"



Más fuertes que su amor

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

*Prohibida la
reproducción*

*Revisado por
la censura*

En una apartada aldea de pescadores, en la costa de Inglaterra, vivía el amable y simpático capitán retirado Fitzgerald, de la escasa pensión que el Gobierno le pasaba.

Llegó a la jubilación con la conciencia enteramente satisfecha de haber cumplido su deber, pues en todo momento había hecho de su azarosa profesión un sacerdocio.

Contaba en todos los círculos marítimos con simpatías sin cuento, y ello venía a ser, exceptuando la reducida renta del Estado, el premio merecido por su inmejorable conducta.

Su espíritu, recio y rectilíneo, había llegado a la postrera etapa de su vida sin haberse contagiado de la hipocresía creada por el moderno vivir.

No era ambicioso. Su ideal consistía en proporcionar, sin salirse del modesto ambiente en

que se deslizara siempre su existencia, la mayor felicidad a sus hijas.

Estas eran tres: Clementina y Sara, fruto del primer matrimonio; y Teodora, procreada con la segunda esposa.

Desde que el capitán dejó su barco, los ingresos del hogar no permitían el menor exceso; y la monotonía de la meticulosa administración, asumida por Clementina, la mayor, llevó a hacer pensar a ésta y a Sara en que su hermanastra Teodora podría, mediante un ventajoso matrimonio, restaurar los buenos tiempos de la familia.

Teodora, la niña mimada del capitán, en quien ella adoraba, contaba apenas diez y ocho abriles; pero su carácter infantil y su encantadora ingenuidad, restabanle algunos años.

Sin llegar a odiarla, sus hermanastras, en especial Clementina, reconocían con harto disgusto que Teodora era tan hermosa, que su clara belleza hacía más evidente la vulgaridad de las condiciones físicas de ellas.

Clementina y Sara, de cuarenta y treinta y cinco años respectivamente, conservábanse solteras, y la tristeza o melancolía que les causaba el prolongado celibato, había hecho mella en su carácter. En tales condiciones, imposible rechazar la neurastenia.

Como siempre es doloroso confesarse uno mismo las debilidades, las dos hermanas, para disimular su egoísmo, atribuían su deseo de que

Teodora encontrase un buen partido matrimonial, a la laudable intención de rodear de toda clase de comodidades al anciano padre, a fin de compensarle de sus muchos años de sacrificios.

No era de extrañar que Teodora fuese opuesta a sus hermanastras en varias cosas. Su origen materno era noble, pues el capitán Fitzgerald casó, por segunda vez, con la hija de un conde que jamás transigió con este matrimonio. Había heredado la elegancia, talento y soltura de la que le diera el ser.

El hijo menor de una familia es, por regla general, por lo mismo que llega el último, cuando los años han traído a nuestras cabezas ideas nuevas, purificadoras de las primeras, sustentadas allá en la juventud, el que más zalamerías recibe. Es algo muy natural.

Teodora había sido siempre como una frágil muñeca para el marino, y sus almas se conocían tanto, que el amor del viejo por la niña era tan inmenso como el cariño de la hija por el padre.

Un día, Teodora, dando un paseo en lancha por el mar, tuvo la desgracia de caerse al agua, y su vida hubiese corrido un grave riesgo de no exponer la suya, en aras de un humanitario sentimiento, el joven Héctor, décimo conde de Bransdale, que había heredado su título y su fortuna, de una larga ascendencia de nobles ingleses, y su apasionado amor a la vida y a la belleza, de su abuela, una encopetada dama italiana.

El capitán agradeció, emocionadísimo, al valeroso conde, su arrojo, celebrando que hubiese sido él, a quien conocía, el salvador de su más caro tesoro.

Las hermanastras se llevaron un susto tremendo, y acudieron a recibir de brazos del noble a Teodora.

—No ha pasado nada—dijo la muchacha, sin importarle la mojadura.

—Entra en la casa, y cámbiate de vestido.

—No te preocupes, Clementina. Deja que me despida de mi héroe.

Héctor, recogido por un bote de su yate, alejábase de la playa. No había reparado en la verdadera edad de Teodora. Habíale parecido una niña.

Sin embargo, Teodora, sentíase turbada.

—¿Verdad que es muy simpático?—opinó francamente.

Clementina miró a Sara, y, maliciosa, repuso:

—Sí; pero no es de los que se casan.

Pasó algún tiempo.

Por fin se le presentó a Teodora un pretendiente, que llenaba todas las aspiraciones de la familia.

No es corriente encontrar, cuando se busca, juventud y dinero juntos. Pero las hermanastras de la agraciada casadera contentábanse con lo segundo solamente.

El novio, ideal según ellas, era Julio Brown,

un buen hombre, si se quiere, un cándido, mejor, que, elevado del humilde empleo de ayudante de tendero a multimillonario, tenía grandes deseos de coronar su éxito en la vida, casándose con una muchacha de la aristocracia.

El nuevo rico, guiado hacia Teodora, además de por la vanidad, por un ardiente amor, la cubría de atenciones, anhelante de arrancarle el consentimiento de pedir su mano al capitán.

Clementina era la que más instaba a Teodora a dar oídas a las pretensiones del ricacho, con una gana enorme de cambiar de situación.

—¡Si no fuera tan viejo!...—suspiró Teodora, aquel día.

—Querida, un millonario nunca es demasiado viejo—la atajó Clementina.

Entretanto, el orondo solterón, que lindaba los cincuenta, adelantaba sus propósitos al padre de la deseada.

—Usted habrá comprendido, mi querido capitán, que su hija me tiene trastornado; y, a juzgar por la simpatía que hacia mí veo en usted, me atrevo a suponer que por su parte puedo seguir adelante; ¿no es así?

—En este asunto, señor Brown, me someteré a la decisión de Teodora.

—Muchas gracias; muchas gracias.

Clementina sazonaba hábilmente el fruto.

—¿Se te ha declarado ya?—preguntó a Teodora.

—No; pero me parece que lo vā a hacer muy pronto. Es lo que temo...

—Me figuro que aceptarás. No dudo que no tendrás inconveniente en hacer ese pequeño sacrificio por papá.

¡Infeliz Teodora! Sus hermanastras, por no decir Clementina por sí sola, pues Sara se dejaba llevar por las opiniones de su hermana mayor, la engañaban, pintándole apurada la situación del hogar. Creyéndolo todo de buena fe, inclinaba su ánimo a demostrar de modo innegable su afecto filial.

—Por papá sería yo capaz de hacer cualquier sacrificio.

Y Clementina medió con tal habilidad en el noviazgo por ella soñado, que, al cabo de poco tiempo, Teodora vestía las galas nupciales, para desposarse con el ex hortera y ex tendero.

El corazón de la doncella lloraba. Morían todas sus ilusiones. Las níveas sedas rozaban dulcemente su purísimo cuerpo, como temerosas de despertarla de su íntimo adiós a la dicha. Apenas alborreaba la adolescencia, conocía el despuntar del gris otoño.

El novio detuvo su nuevo *auto* frente a la casita del capitán. Salió éste a recibirla.

—Ya pueden dirigirse a la iglesia. Nos reuniremos allí.

Teodora permanecía profundamente abatida junto a sus hermanastras.

Sara se cambiaría en el acto por ella... y Clementina no se haría, seguramente, de rogar.



Creyéndolo todo de buena fe, inclinaba su ánimo a demostrar de modo innegable su afecto filial.

—¡Teodora, cuidado que tienes suerte!—no pudo menos de decirle Sara, acariciando voluptuosamente un ábrigo de la más valiosa piel.

Y Clementina, que no estaría tranquila hasta que el sacerdote hubiese echado la bendición a los contrayentes, le aconsejaba, lo más melosa que podía estar en aquellos momentos de interés y envidia:

—¡Alegra esa cara, hijita, que tú no sabes el bienestar que te aguarda!

El capitán entró en la habitación donde estaban sus hijas, para avisarles que el novio ya iba camino del templo.

Teodora sentía que sus fuerzas se debilitaban al borde del sacrificio. Se venció a sí misma. Debía hacerlo. Había dado su palabra.

Clementina tomó aparte a su padre, y sin preámbulo, derechamente, inquirió:

—¿Has hablado algo de la dote? ¿Se han tenido en cuenta nuestras necesidades?

Hasta Teodora llegó el eco de su venta por sus hermanastras. Su corazón, anegado en llanto, amenazaba romperse.

—¡Chis! Más bajo... más bajo...

El buen padre temía lo que ya no tenía remedio. ¿Qué haría Teodora? Aquél reunióse con ella, y como la viera extraordinariamente pálida, la abrazó lleno de ternura, y le dijo:

—Hija mía, te repito que, si no quieres, aún estás a tiempo.

Clementina, presa de nerviosismo ante los rodeos con que su padre demoraba la ceremonia, aguzó el oído.

¿Qué decidiría Teodora? En efecto; aún podía retractarse.

La novia miró a su adorado padre en el fondo de sus pupilas, y por él, ante su bondad a toda prueba, se mantuvo firme en su promesa:

—Gracias, papá... Pero quiero casarme.

Sí; ella le aseguraría una tranquila vejez.

Si los enamorados se decidiesen a casarse con la misma rapidez que los casan, no habría bastantes curas para repetir la epístola del apóstol Pablo. El rito matrimonial es relativamente breve. A su implantación presidió el buen sentido. Todo lo que haya de provocar tristeza o llanto ha de ser lo más rápido posible; y tratándose de una boda como la de Teodora...

Consumado el sacrificio, los invitados, ajenos a la realidad, festejaron el acontecimiento.

Después de la comida, los novios dispusieronse a partir en largo viaje.

Teodora, al despedirse, abrazóse con frenesí a su padre, y preguntóle:

—¿Estás contento, papá?

El viejo capitán no pudo contestar. Estaba contento, ¿a qué negarlo?; pero no lo estaba, ¿a qué negarlo también?

Teodora contuvo sus deseos de llorar, de llorar mucho junto al querido ser.

—Sí... hija... Yo, siempre he deseado verte feliz... ¿Lo eres, chiquilla?—pudo, al fin, articular.

—¿Lo eres tú, papá?—repitió ella.

Se miraron. Dudaban de su propia felicidad. ¡Oh, no, no eran dichosos! Y fundieron sus lágrimas. No se olvidarían jamás. Este era su consuelo.

* * *

Después de recorrer rápidamente varios países, los recién casados decidieron pasar una temporada en un original hotel, en los Alpes cubiertos de nieve, lugar tranquilo que les brindaba amable refugio.

Julio creía encontrar en esas elevadas alturas un bálsamo para su quebrantado cuerpo, pero a los pocos días de llegar, Teodora tuvo que convertirse en su enfermera, sin salir apenas a explorar los pintorescos alrededores.

La luna de miel no era precisamente dulce para Teodora. Sin embargo, no se quejaba. Estaba encadenada a Julio y se debía a él. Desde que se casó sabía lo que la esperaba a su lado.

Julio se portaba lo mejor que podía con su joven esposa, rindiéndole amor sin límite en el fondo de su alma y rodeándola de todas las comodidades y lujo. Prodigábale vestidos y joyas. Acaso de este modo pensaba él resarcirla de su ausencia de juventud que la suya merecía.

La clara belleza de Teodora era objeto de admiración de cuantos concurrían el hotel, los



La luna de miel no era precisamente dulce para Teodora.

cuales, si bien notaban una enorme diferencia de edad entre ella y su marido, no echaban de ver tampoco que no se trataba de una pareja de



Julio se portaba lo mejor que podía con su joven esposa, rodeándola de todas las comodidades y lujo.

engaños, de esas, innumerables, por cierto y lamentablemente, en que la mujer busca sensaciones en dondequiera que presente puede encontrarlas, y el hombre tiene sus aventurillas en cada esquina de calle.

No faltaba quien se hubiese atrevido a turbar la tranquilidad de la desproporcionada pareja; pero la seriedad de Teodora era una valla para los atrevidos.

Algunos jóvenes apasionados, de esos para los que la palabra deber no significa nada, y el suspiro amor lo es todo, lamentábanse de que un hombre tan maduro como Julio fuese poseedor de joya femenina de tan inestimable valor como Teodora.

Una noche llegaron de Inglaterra unos cuantos turistas distinguidos.

Eran éstos:

La condesa de Bracondale, madre de Héctor, que la acompañaba, y que fué el simpático joven que salvó a Teodora aquella vez que estuvo en trances de muerte en el agua.

Y Marcela Winmarleigh, una heredera inglesa a quien la condesa de Bracondale había elegido para nuera.

Aquella noche, al aparecer Teodora y Julio en el comedor, Juana Mac Bride, una acaudalada viuda americana, que llevaba bastante tiempo en el hotel y había llegado a intimar con los recién casados, sentóse a su mesa, y

mientras cenaban, trataba de convencerles de que debían salir de excusión todos los días, para animarse respirando los puros aires de la montaña en las nevadas cimas, a la par que contemplando paisajes encantadores.

—Pero si yo apenas encuentro aire para respirar en esta altura, aun estando sentado...—decía Julio rehusando la proposición de la viuda.

—Por Dios, señor Brown, no quiera usted hacernos creer que es a causa de su asma que no quiere cambiar de temperatura. Diga usted que le tiene horror a caminar en cuesta y en terreno resbaladizo.

—No... no... Es que no puedo... Prefiero el reposo...

—En este caso, me llevaré a su esposa... Adivino que a su señora le gustará conocer este magnífico país... Acepta usted, ¿no es verdad?

Julio no sabría negar un capricho a Teodora, y como la viuda insistió en llevársela de excusión, mostróse conforme en dejarla ir.

En una mesa opuesta a la de Teodora, hallábanse acomodados Héctor, su madre y la señorita Winmarleigh.

A la hora de la cena, al pasár la joven casada cerca de Héctor, cayósele el pañuelo al suelo.

Ni ella ni Héctor se miraron. ¿Se habrían reconocido de haberlo hecho? Teodora al conde, tal vez sí; el conde a Teodora, acaso no, pues

la conoció como una niña, y ahora distaba de parecerlo con su vestido largo y carácter reposado.

El camarero, al ir a tomar encargo de la cena de Héctor y de las damas que le acompañaban, recogió el pañuelo de Teodora y se lo entregó al conde, creyendo que era de la condesa o de la señorita Winmarleigh.

Héctor preguntó a una y otra si el fino cendal les pertenecía, y como la respuesta fué, naturalmente, negativa, devolvíólo al camarero.

Héctor recordaba haber aspirado en otra ocasión el perfume de narciso que exhalaba el pañuelo, y tuvo interés en enterarse de quién era su dueña. No le fué difícil saberlo, pues el camarero no se equivocó al suponerlo de Teodora.

—¿Es suyo, señora?—preguntábale el empleado a aquélla, al mismo tiempo que Héctor se colocaba a propósito para ver el rostro de la requerida.

Teodora volvió ligeramente la cabeza, aceptando su pañuelo; y Héctor, ducho en lides femeninas, vió en ella, con la consiguiente sorpresa, sin reconocer a la “niña” arrebatada a la muerte, una mujer singularmente bella y seductora. Pero la nuera soñada por la condesa estaba allí y no era prudente desviar los ojos hacia otros rostros...

Al día siguiente, como convenido, y después de haber insistido nuevamente en vano para que

Julio las acompañase, Teodora y la viuda efectuaron la proyectada excursión.

Atadas por la cintura y conducidas por un guía, dirigíanse, no sin dificultades, hacia el renombrado pico de la Esperanza.

Al llegar a una pequeña explanada, detuvieronse y Teodora quiso tomar una fotografía del paisaje con la viuda en el centro y el guía un tanto alejado. Dispuso el Kodak. Retrocedió unos pasos para encuadrar la escena, y sin que nadie pudiera evitarlo llegó al borde del vacío, y cayó en él. Afortunadamente, estaba atada por la cintura a la cuerda del guía, y por esta razón quedó suspendida en el abismo, haciendo esfuerzos inauditos la viuda y el acompañante para, con su resistencia, impedir que cayeran los dos empujados por el peso de Teodora, con riesgo de muerte, pues el abismo era profundo y rocoso.

A los gritos de Teodora uniéronse los del guía y la viuda, presas de pánico los tres.

No lejos de allí paseábase el conde de Brancdale con un excelente guía. Oyeron los gritos. Al ver a una mujer suspendida en el vacío, apresuráronse a llevarle auxilio.

Ya en el lugar del suceso, pujaron de la cuerda para subir a Teodora, pero aquélle, resentida por el frote, rompióse. Un grito de horror escapó de la garganta de los que pretendían salvarla. ¿Habría caído Teodora al fondo del abismo? Indudablemente. Asomáronse

al mismo con toda clase de precauciones y presas de la más intensa emoción. ¡No, no había caído al fondo! La cuerda, por verdadero milagro, habíase enredado en unas raíces profundas y vigorosas, y Teodora pendía de ellas. Convenía obrar de prisa. Héctor se ofreció a ir a buscarla, deslizándose hacia abajo, sostenido desde arriba por los dos guías y la viuda.

A poco Héctor alcanzaba a Teodora. Esta habíase desmayado al romperse la cuerda. El conde enlazóla por el talle, y gritó a los de arriba que los subiesen. Fué imposible. Los guías y la viuda apenas podían impedir que la cuerda los arrastrase.

—No podemos con los dos—contestaron.

La situación era sumamente crítica. Héctor, sin perder toda su serenidad, miró en todas direcciones, buscando un medio de salvación, y ésta le fué ofrecida por un saliente a pocos metros de donde ellos estaban suspendidos.

—Vayan bajándonos despacio, a ver si podemos llegar a una meseta—dijo a los de arriba.

Fueron bajando, y la cuerda permitió el aterrizaje. Menos mal. Ahora los de arriba podrían subirlos uno tras de otro. Iban a hacerlo, mas he aquí que, por una distracción involuntaria, la cuerda que debían emplear cayó al saliente, y la que llevaba el otro guía no llegaba hasta donde estaban los que necesitaban socorro. Era,

pues, indispensable ir a buscar otra cuerda al valle.

El conde y Teodora quedaron solos en espera de auxilio. Teodora estaba aún desmayada. Héctor la reanimó. Al volver en sí, Teodora quedó sorprendida al ver a su lado a su salvador de antaño, y recordando lo que acababa de sucederle, no pudo menos de celebrar íntimamente la coincidencia de que fuera el conde quien la salvase de nuevo. Héctor seguía sin reconocerla. Ella lo comprendió y, coquetamente, le dijo:

—Lord Bracondale, parece que el destino se complace en traerle a mi lado en los momentos de peligro.

—¿Cómo? —repuso el conde—. ¿Me conoce usted?

—Se acuerda usted de aquella vez que me sacó del agua?

Héctor la miró fijamente, ayudó su memoria, y, al fin, dando muestras de extraordinaria satisfacción, inquirió:

—Pero es usted la hija menor del capitán Fitzgerald?... No la había reconocido.

Por unos momentos, Teodora y Héctor se olvidaron de que estaban en peligro. Hablaron afectuosamente. Para nada aludió Teodora a su casamiento.

—No parece usted la misma, señorita Teodora. ¿Será que se ha vestido de largo? Yo creí que era usted una niña... y me encuentro ahora

con que es usted una mujercita encantadora. Crea que esta es la mayor sorpresa que he recibido en mi vida.

—¿Se acordaba usted de mí?

—Ahora que la veo, comprendo que deseaba volver a salvarla.

—Es usted muy amable... pero por poco no llega a tiempo. Yo me había despedido ya del mundo.

—Cree usted que el destino puede ser tan cruel con una "niña" como usted? Aunque sólo fuera por galantería...

Teodora entrusteció. En los ojos de Héctor leía que sus palabras no eran vulgares halagos, que obedecían a una viva simpatía. ¡Ah! Si le hubiese encontrado antes de casarse! Estremeciéose de pesar.

—Tiene usted frío? —apresuróse a preguntarle Héctor, viendo que ella se encogía en un rincón, pegada a la pared.

—No... no... Esto pasará... Necesito hacer movimiento...

El abrigóla con la manta que llevaba en su mochila y le ofreció, además, su chaqueta. Todo lo hubiera dado Héctor por verla sonreír. ¡Estaba enamorado! Había bastado estrecharla en sus brazos cuando enlazó su cuerpo en el vacío, para sentirse turbado por el deseo de adueñarse

para siempre de ella. Su piel tembló bajo sus manos e hizo temblar su corazón.

El socorro no tardó en llegar. Julio había reunido a todos los guías del lugar y con toda clase de materiales de salvamento llegó a la explanada desde la que Teodora cayera.

Sacados de la meseta a la que debían sus vidas, Teodora y Héctor iban a experimentar el dolor de la realidad.

En efecto, Julio, solícitamente, trataba de calmar los excitados nervios de Teodora. La abrazaba como un padre, haciéndole aspirar un frasquito de sales.

Héctor, al ver a Teodora mimada por un hombre que no era su padre, aunque lo podía ser sobradamente, acercóse a ella.

Teodora, al verle, ocultó un sobresalto de su corazón, y presentóle a su marido.

Héctor, a su vez, disimuló la impresión que le había causado la inesperada noticia, y sintiéndose torpe en aquellos momentos, sacóse de un bolsillo el pañuelo de Teodora, que encontró en el providencial saliente cuando la subieron, y se lo devolvió.

¡Casada! ¡Y con quién! ¿Pero era posible que aquel hombre fuese su esposo?

Nunca como en aquella ocasión sintióse Héctor más desconcertado, más afligido...

¡¡Casada!! ¡Qué absurda palabra!

* * *

Lo sucedido a Teodora y el aburrimiento que él sentía en las alturas alpinas, decidieron a Julio a abandonarlas a la mayor brevedad posible, y su partida se realizaría veinticuatro horas después del suceso que estuvo a punto de privarle de esposa. El magnífico panorama nevado no tenía ya ningún atractivo para el achacoso marido.

Sencillamente maravillosa en su traje de viaje, Teodora apareció en el *hall*. La seguía Julio, dando muestras evidentes de apresurarse a abandonar aquellos lugares.

Héctor esperaba impaciente a Teodora. La noticia, comunicada por la viuda amiga del matrimonio, de su marcha, le había abatido, como si se tratase de algo muy grato a sí mismo que se separara de él. Soñó con ella la noche anterior y tuvo un gran desencanto al volver a la realidad. La imaginó a su lado, acariciándole con su hábito y besándole con sus ojos al mismo tiempo que sus brazos hacían presión enroscados a su cuello. Ello fué una rotunda confirmación de que Teodora habíase adentrado victoriOSAMENTE en su alma, para no poder olvidarla jamás. ¡Y

pensar que se había casado con un hombre que no podía hacerla feliz, por lo mismo que por sus años sus ideas no eran las sustentadas por la juventud de Teodora!

Había que rendirse a los dictados del destino. Ella se alejaba. ¿Hacia dónde? ¿La volvería a ver? ¡Qué no haría él por seguir sus pasos en la vida!

La viuda cogió por su cuenta a Julio, y despedíase afectuosamente de él, deseándole más humor en otras partes. Eran buenos amigos.

Gozoso de poder hablar con ella unos instantes, como a solas, Héctor salió al encuentro de Teodora, y ésta leyó en el semblante de su inolvidado e inolvidable salvador toda la tristeza que le producía aquella despedida.

—Mi mayor deseo, señora, es que sea usted poseedora de la felicidad sin límite que se merece.

—Muchas gracias.

—Y sepá, además, que si alguna vez nos volviéramos a encontrar, no sabría agradecer bastante a la casualidad la ventura que me depararía.

—Es usted muy amable, conde.

En aquel momento descendía la escalera del hall la señorita Winmarleigh. Asociando el hecho de la doble salvación de Teodora por Héctor; el descubrimiento que hizo en la relación del conde de dichos salvamentos, cuando

el día anterior éste regresó al hotel y se reunió con su madre y ella, de que le dolía el que Teodora hubiese contraído matrimonio; y la cariñosa despedida que ahora estaba observando, consideró que el conde tenía una peligrosa inclinación por la recién casada. ¡Ah! Debía estar al acecho. Héctor era un partido interesante, y le amaba. Vigilaría, a fin de que no se lo quitase ninguna mujer.

La viuda acompañó al matrimonio hasta el atrio del hotel, y mientras Julio subía al *auto* que esperaba en la calle, le dijo a Teodora:

—Tardaremos mucho tiempo en volvernos a ver?

—No. Nos veremos pronto en París, si usted regresa allí en breve, pues nosotros visitaremos esa cacareada Ciudad Luz y nos quedaremos en ella una temporada.

—Allí nos reuniremos, pues, antes de quince días.

—La esperaremos. ¡Adiós!

—¡Adiós! ¡Buen viaje!

Héctor habíase acercado a las dos mujeres, en silencio, y hasta él llegó la evocación de París. En la capital de Francia podría volver a ver a Teodora, y no se le escaparía tan grata ocasión, sin que su madre ni la señorita Winmarleig se enteraran.

Mucha ilusión tenía Teodora por llegar a París, para divertirse en sus numerosos centros

de alegría, pero vióse defraudada en su vehemente afán por cuanto Julio enfermó apenas llegaron a la cosmopolita ciudad.



Sus ansias de placer habíanse trocado en resignación de enfermera.

Sus ansias de placer habíanse trocado en resignación de enfermera.

Un día, sin que fuese esperado ni se pudiese

siquiera pensar en su visita, llegó al hotel donde se hospedaba el matrimonio, el capitán Fitzgerald. Teodora le había escrito, como desde todas las ciudades visitadas, y el buen padre había querido dar una agradable sorpresa a su amada hija. Se presentó a ella correctamente vestido con impecable frac, pues, aunque era excesivamente modesto, sabía ponerse a la altura de las circunstancias.

Teodora, radiante de alegría, arrojóse a los brazos del adorado ser, y el viejo y la niña se estrecharon con todas sus fuerzas.

—¡Papá! ¡Quién iba a pensar en tamaña sorpresa! ¡Oh! ¡Qué guapo, qué lindo, qué bueno!

Saltaban, el capitán arrastrado por la entusiastizada hija.

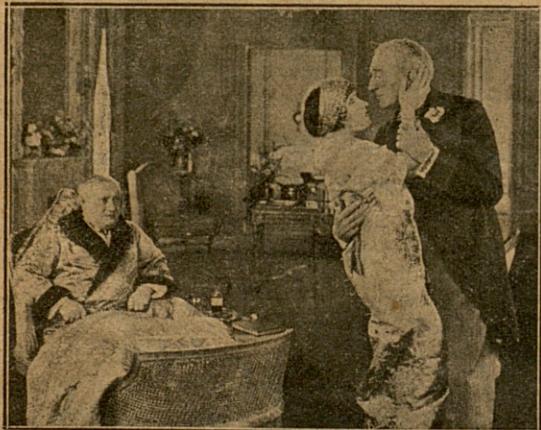
Julio contemplaba con cierta melancolía la simpática escena. ¡Qué ágil se conservaba todavía el marino! ¡Si parecía un verdadero "pollo"! ¡Qué sano bienestar respiraba aún!

Los dos hombres se estrecharon afectuosamente las manos. Interesóse el capitán por las continuas indisposiciones de Julio, y su consejo, energético y persuasivo, fué el de hacer mucho ejercicio y convencerse de que no hay enfermedad que valga cuando hay gana de vivir y de hacer la vida agradable a otra persona.

—Vamos, vamos... Sal de ese sillón, que no hace más que añadir mal a tu mal, entumeciendo tus miembros. Tú y Teodora debierais

salir más a menudo, Julio. Venid a cenar conmigo esta noche.

—¡Oh, sí, sí, papá! ¿Verdad, Julio?



—¡Papá! ¡Quién iba a pensar en tamaña sorpresa!
¡Oh! ¡Qué guapo, qué lindo, qué bueno!

—No puedo, Teodora, no puedo. Este dolor no me deja vivir. Necesito descansar. Iremos mañana... u otro día...

—Bien, Julio... Si tú no te sientes con ánimo de aceptar... Dejemos eso para mañana, papá...

—¿Por qué? Si Julio no quiere salir esta

noche, eso no es razón para que tú no vengas a cenar conmigo. ¿Qué te parece, Julio; me la llevo?

El reumático no pudo menos de acceder. ¿Podía negarse a que su esposa saliese con su padre? De ningún modo. Lo que le dolía era que, a pesar de oponerse él a ello con la mejor voluntad, la vida le cerraba las puertas de la animación, encadenándole en un estrecho recinto de preocupaciones...

En los jardines de uno de los más aristocráticos *restaurants* de la prestigiosa ciudad, reuníase, aquella noche, como de costumbre, un nutrido y selecto público. Casi todas las mesas estaban llenas. Alguien más que llegase tendría que pedir hospitalidad a cualquiera que tuviese aún algún sitio disponible.

En una de dichas mesas se encontraba Juana McBride, la viuda amiga de Teodora, y Héctor, que había llegado a París un poco después de aquélla.

—¿Están ya los Brown en París?—preguntó el conde a su nueva relación amistosa.

La viuda le sonrió maliciosamente, y repuso:

—Me parece que le interesan a usted mucho los Brown...

—¿Cree usted?...

—Apostaría cien liñés a que le interesa más ella que él...

—Los ganaría usted, por supuesto...

—¿Sabía usted que Teodora tenía la intención de venir a París? ¿Se lo dijo ella?



... apareció en el marco de la puerta del jardín del restaurant, la maravillosa silueta de Teodora (página 31).

—Se lo dijo a usted.

—¡Ah! ¿De modo que fué casualmente?

—O por otra causa.

—Sabe usted a lo que se expone?

—En las tinieblas es mejor andar a ciegas, para no asustarse demasiado...

—¿Es usted buen tirador de armas?

—¿Por qué?

—Por si surge el demonio de los celos...

—¡Por Dios, señora!

Hablando de tan humorística manera estaban Héctor y la viuda, cuando, como respondiendo a su mutua invocación, apareció en el marco de la puerta del jardín del *restaurant*, la maravillosa silueta de Teodora. Su *toilette* era suntuosa. El brillante color negro repujado de azabache realzaba las partes libres; sus brazos, su cuello y su rostro, que parecía como si asomasesen por un estuche deslumbrante. Amplio sombrero coronaba el espléndido conjunto. Prendidas a su cintura, en el lado derecho, unas flores de narciso temblaban caprichosamente y envolvían a quien las lucía en su oloroso perfume.

Los ojos de Héctor abriéronse en todo su diámetro, y como hipnotizado, acudió a ofrecerle sus respetos.

Teodora, que no sospechaba este encuentro, azoróse al ver llegar a sí al conde, y al propio tiempo que, esforzándose por sonreír, le tendía su mano izquierda, para que él la besara, opri-mió con su diestra su corazón, que latía al compás de su brusca emoción.



—Señora, es para mí inigualable el placer que siento al encontrarla aquí (pág. 33).

—Señora, es para mí inigualable el placer que siento al encontrarla aquí.

—No pensaba en usted, conde... Le suponía lejos...

—Me llamó París con irresistible imperio...

El capitán iba detrás de su hija. Su aparición cortó la plática de Héctor con Teodora.

—¡Qué coincidencia, conde!—exclamó el señor Fitzgerald.

—¡Encantado, mi querido capitán!

La viuda saludó desde su mesa a los recién llegados, y éstos, con Héctor, fueron a sentarse a su lado.

—¿Qué tal, señora Brown? ¿Cómo les fué el viaje?

—¡Delicioso, señora McBride! Mi marido, como siempre, un poco fatigado. No ha podido acompañarnos. Le presento a mi padre, que ha venido a verme... El capitán Fitzgerald... La señora McBride...

—Señora...

—Capitán...

Cenaron.

Héctor, íntimamente alegre como un colegial junto a su novia, se mostraba locuaz con Teodora.

La viuda, encantada del carácter del capitán, pasaba una agradable velada. La seducía la relación de anécdotas y aventuras.

Teodora, pasado el desconcierto del primer

momento, se entregaba a la amable charla del conde.

De sobremesa, dijo la viuda a sus amigos:

—El capitán sabe muchas cosas, y no me cansaría de escucharle.

—Un caballero tiene la obligación de aprender mucho para recrear luego los delicados oídos de las damas—dijo el capitán.

—En efecto, señor Fitzgerald... Un hombre debe presentarse a una mujer como algo excepcional para lograr llamar su atención—comentó Héctor.

Teodora le miró suavemente. La viuda hizo un mohín de coqueta “disponible”, y añadió, dirigiéndose a Teodora:

—Uno de estos días voy a secuestrar a su padre... Me ha prometido llevarme a visitar Versalles.

Y Teodora, sonriendo a su padre, apresuróse a añadir:

—También a mí me gustaría ir, en cuanto Julio se encuentre mejor.

—Las acompañaré a ustedes cuando quieran—ofrecióse el capitán.

Héctor no apartaba su vista de Teodora. El proyecto de ir a Versalles estaba lleno de atractivos para él. Si pudiera ir con ellos... sin Julio...

Prosiguió la conversación. Héctor, fijándose en los narcisos de Teodora, con el gesto dióle a

entender que le gustaría prender en el ojal de su frac una de esas flores. Teodora, complaciente, se la dió, y Héctor, adorando a la mujer con la mirada, le dijo sonriente:



—Este perfume me hace pensar en usted siempre que lo percibo.

—Este perfume me hace pensar en usted siempre que lo percibo.

Teodora hubiera querido poder sonreír, demostrando que todo aquello no lo consideraba ella más que como un pasatiempo entre buenos

amigos, pero en lo más hondo de su ser el grito del amor velaba sus ojos y cerraba sus labios, porque era un amor imposible el que se atrevía a alimentar.

El pacto sagrado que hiciera con Julio, peligraba ante el asedio del verdadero cariño...

Versalles no tenía el menor valor para Julio. Negóse a ir. Se quedaría en el hotel, con varios amigos circunstanciales. Sin embargo, accedió a que Teodora fuese al famoso palacio con su padre y Juana McBride. Héctor se enteró de ello y unióse a los turistas.

De las suntuosas galerías del lugar histórico, los visitantes se encaminaron a los evocadores jardines, y, por fin, llegaron a la famosa glorieta de Psique, la hermosa, la que fué amada por Amor.

Teodora y Héctor sentáronse en un banco cercano a la mitológica figura, en tanto que la viuda y el simpático capitán seguían adelante, embelesada ella con los relatos del marino.

—Este es el lugar donde los galantes de antaño jugaban a los sublimes juegos del amor. ¿Le hubiera gustado a usted vivir en aquella época? —preguntó Héctor a su encantadora amiga.

—No lo sé... Pero lo que sí sería precioso, es ver desfilar por aquí a las damas y caballeros de aquella época.

La imaginación de Héctor, acicateada por el

sentimiento poderoso que le inspiraba Teodora, la más bella, la más seductora de todas las mujeres que él conocía, trasladóse a aquellos caballerescos tiempos, y contó a su dulce amiga una historia de amor.

“Entre las damas de honor de la Reina, había una marquesita encantadora, pero tan reservada, que era la desesperación de todos los galanes de la corte... hasta que un amante, más atrevido que los otros... consiguió una entrevista con ella y le declaró su ferviente amor... Ella también le amaba, y prometieron eterna fidelidad... Por estos mismos jardines pasearon su idilio, repitiéndose su mutuo juramento: *Para siempre... Para siempre...*”

Teodora contemplaba en espíritu a la feliz pareja, y cuando acertó a mirar a Héctor, al terminar éste su narración, vió en sus ojos la llama del deseo, y se hizo instintivamente atrás, suplicando piedad.

—Teodora, tú eres más hermosa, más encantadora que aquella marquesita... ¡Te quiero!... ¡Te adoro!...

Besaba sus manos con frenesí.

—¡Héctor, por Dios, volvamos a la realidad!—exclamó ella, reaccionando en acopio de voluntad.

No, no. Aquello no podía ser. Era una quimera. Ella se debía a Julio. Jamás se atrevería a faltarle.

Así lo comprendió Héctor, y, apremiante, aclaró sus intenciones:

—¡Perdón, Teodora! ¡Te quiero demasiado para hacerte infeliz! Lo que yo quiero es que...

—¡Imposible, Héctor!... ¡Escúchame!... ¡Yo te he querido siempre...!

—¿Entonces...?

—Ya no hay remedio... ¡Y si no somos más fuertes que nuestro amor, es mejor que no volvamos a vernos nunca!

—¡Oh, Teodora! ¡No seas cruel! Si tú me amas, ¿por qué hemos de ser infelices?

—Porque hay alguien que también merece la felicidad... porque Julio es mi marido... porque él, aunque yo te amase ya a ti, llegó antes que tú... en un momento en que, débil y dudando que tú llegases algún día, acepté ser su esposa. ¡Vete, Héctor, vete!

El conde, el apuesto muchacho avezado a toda clase de aventuras, no pudo contener unas lágrimas de desesperación. La conducta de Teodora era admirable. El, como caballero, no debía insistir. Todo era inútil, pues. Sería preferible no verse más. De lo contrario...

La viuda y el capitán aparecieron oportunamente. Teodora y Héctor disimularon su mutua tristeza, y desde aquel momento ya no pasearon juntos por las románticas avenidas.

La señora McBride no hubo de preguntar nada para saber lo que había ocurrido... El ensi-

mismamiento de Héctor y la forzada alegría de Teodora eran lo bastante elocuentes para dar a suponer la realidad.

* * *

Decidido a cumplir la promesa que hizo a Teodora de no volver a verla más, pero con el corazón herido, Héctor regresó a Londres.

Ana, su hermana, fué siempre su **mejor confidente**.

—¿Por qué estás tan preocupado?—le preguntó su madre.

—No es nada, mamá... Estoy algo cansado del viaje...

—Marcela se alegrará mucho de verte. La voy a avisar.

Héctor no pensaba ni remotamente en la novia que quería imponerle su madre por las simpatías que a ella le inspiraba.

Al quedar a solas los dos hermanos, Ana, cariñosamente, reclamó las miradas de Héctor, y, frente a frente, instóle a contarle sus enredillos.

—Héctor, tú nunca has tenido secretos para mí... Cuéntamelo todo... ¿De quién se trata esta vez?

Héctor se resistía a sincerarse con su hermana, pero a la postre, necesitado de consuelo, vació la amargura de su corazón.

Estuvo franco con ella. Se lo refirió todo, punto por punto.

Ana había oído a Héctor muchas historias amorosas, pero ante aquella confidencia quedó perpleja. Jamás había escuchado cosa semejante de labios de su hermano.

—¡Héctor!... ¿Te olvidas de que es una mujer casada?

—No, Ana; lo sé... Sé que no debo pensar en ella. ¡Pero verla siquiera de lejos!... ¡Hace tanto tiempo que no la he visto!

Ana reflexionó. El caso era grave. Sin duda, Héctor sentía la fuerza del primer amor. ¿Sabría consolarse viéndola, de vez en cuando, aunque de lejos?

—Bueno, si me prometes no hacer ninguna tontería—le dijo—, yo me arreglaré para que puedas verla.

—¿Tú?... ¿Cómo?...

—Eso corre de mi cuenta.

—¡Ana, Ana! Si lo consigues, no sabré nunca cómo pagarte.

Y Ana, valiéndose de relaciones, hizo una visita a Teodora al regresar ésta de París, e invitó a los esposos Brown a pasar unos días en su casa de campo de Beachleigh, en la que había reunido a casi todas sus amistades.

Unos días después, mientras Teodora ensayaba su papel para la función benéfica que iba a representarse al aire libre, y para la que fué solicitado su concurso, por unanimidad, en vista de su belleza, aceptando ella, su esposo escuchaba con inusitado interés a sir Lionel Grey, el célebre explorador.

—Y si se decide usted a prestar su apoyo financiero a la expedición al África del Norte, estoy seguro de que encontrará el viaje interesante... Aparte de que el éxito puede proporcionarle un título nobiliario.

Para el ex tendero, la posibilidad de un título otorgado por Su Majestad, era la realización de un sueño fantástico. Le seducía la recompensa.

Aunque Héctor no era esperado en Beachleigh, la tentación de ver a Teodora una vez más fué para él irresistible.

Ana trató de oponerse a dejarle entrar en los salones, desde cuya puerta él había visto, con contenido enojo, a Teodora ensayando con un amigo suyo, que la abrazaba, de acuerdo con el papel de la obra.

—¿Te parece correcto el haber venido, teniendo en cuenta las circunstancias? Esto no es lo que me prometiste formalmente.

—Sé que no obro bien al venir aquí... Pero no he podido resistir a la tentación—disculpóse Héctor.

La madre del conde alegróse extraordinariamente al ver allí a su hijo.

—¡Cómo! ¿Héctor aquí?—dijo delante de Marcela, que estaba a su lado—. Y añadió:— ¡Fíjate, afortunada!... No le gustan nada esta clase de reuniones, y, sin embargo, viene por estar cerca de ti.

Teodora, que acababa de terminar el ensayo de la escena en que tomaba parte en la función, estaba cerca de la madre de Héctor—al que acababa de ver, con el consiguiente sobresalto de su corazón, en el fondo del salón—, y oyó las palabras de la condesa a Marcela, y si bien Héctor no era nada, no podía ser nada en su vida, sintió unos celos atroces.

Héctor abrazó a su madre y saludó sin detenerse a Marcela, pues habiendo visto a Teodora le faltaba el tiempo para reunirse con ella y decirle, en un fuerte apretón de manos, todo lo que quería decirle de viva voz.

Pero Teodora, turbada, volvió al lado de su esposo, para ampararse contra Héctor.

El conde, para quien aquel desdén de Teodora era como una herida en su alma, la siguió hasta donde estaba Julio Brown, y como conocía a éste del rincón de los Alpes, le saludó y quedóse con él, para estar cerca de ella.

Sir Lionel Grey, al llegar Teodora, acababa de concertar el arreglo que deseaba con el señor Brown, y le dijo a la esposa:

—Su marido de usted se ha decidido a presentarnos su apoyo financiero para la expedición.



Teodora, que acababa de terminar el ensayo, estaba cerca de la madre de Héctor, y...

Algo sabía de esta expedición Teodora, pero Julio la puso al corriente de ella con toda clase de detalles.

En este momento fué cuando Héctor llegó hasta ellos, mezclándose en la conversación científica.

Por su lado, Marcela, convencida de que Héctor tenía otras razones para encontrarse en Beachleigh, decía, despechada, a la condesa de Bracondale:

—No estoy muy segura de que sea por mí por quien ha venido Héctor aquí.

—¿Por qué lo dices, Marcela?

—Por nada... Ya ha visto usted, señora condesa, el caso que hace de mí...

Héctor trataba en vano de atraerse las miradas de Teodora, mientras Julio se explicaba lo más gráficamente posible.

—Y además de contribuir con mucho gusto a sufragar los gastos de la expedición de sir Lionel —decía— me gustaría acompañarle al África. ¿Qué le parece, conde?

—Facilite el dinero si gusta, señor Brown, pero le aconsejo que se quede en Inglaterra— contestó el interpelado.

—¿Por qué, conde?

—El viaje ofrece grandes dificultades, y además las tribus del desierto están sublevadas.

—Pues sir Lionel parece que no teme ningún peligro... Pero, en fin, facilitaré el dinero para la expedición y seguiré su consejo quedándome en mi casa.

—En verdad le aconsejaba Héctor al señor

Brown que se quedase en Londres? ¿No pretendía, acaso, obligarle, para no aparecer como un cobarde, hablándole de peligros, a aceptar? La respuesta, en todo caso, no le pareció de



Héctor trataba en vano de atraerse las miradas de Teodora...

perlas; y, al contrario, agradó a Teodora, que, tocándole en la espalda, le dijo a su marido:

—Me alegra de que no vayas, Julio.

Ella sabía que durante la ausencia del que le recordaba su deber, Héctor, con sus asaltos, llegaría, tal vez, a hacérselo olvidar.

Luego, desapareció hacia la habitación que ocupaban en el piso alto, y Héctor, loco de deseo, la siguió con la mirada.

El señor Brown recibió a poco un telegrama. Su lectura le hizo tomar la determinación de marcharse aquella misma noche a Londres. Se trataba de un asunto urgente: la compra de una casa. Su presencia, según el agente, era imprescindible en el acto.

Héctor sintió un alivio enorme al enterarse de la repentina partida del esposo de Teodora. Pero... ¿se marcharía ella también? Deseaba que no. Así se lo había hecho creer el propio señor Brown al decir que se veía precisado a "marcharse" inmediatamente. No había pluralizado. ¿Sería verdad?

Julio subió a la habitación de su esposa. Esta, que pensaba en la audacia de Héctor, creyó, sin poderlo remediar, que era él quien llegaba hasta la cámara íntima, y se aprestó a rechazarlo. Calmóse al punto.

—¿Qué sucede? —preguntó a su marido.

—Lee... Voy a irme en seguida.

—¿Que te marchas? Julio, llévame contigo... ¡Por favor, no me dejes aquí sola!

—Tú no puedes marcharte, queridita. Recuerda que estás comprometida a tomar parte en la función.

—Sí... es verdad...

—No te aflijas. Volveré por ti en cuanto termine mi asunto.

Y se marchó.



...creyó que era Héctor quien llegaba hasta la cámara íntima...

Al quedar sola, Teodora, luchando contra la influencia que ejercía sobre ella Héctor, resolvió resistir a sus asedios. Pero, antes de tomar

esta inquebrantable resolución, tuvo que llorar. Y sus lágrimas fueron como un alivio y un injerto de energía.

Durante los días que siguieron, Teodora había logrado librarse de Héctor.

Y Héctor se desesperaba, porque no encontraba manera de hablar un momento a solas con Teodora...

El día de la función, Héctor visitó al amigo que debía representar con Teodora, y oyóle quejarse de tener que tomar parte en la fiesta al aire libre.

—No me hace la menor gracia meterme, aunque sea por una sola vez, a cómico. Lo hago muy mal. ¡Si no fuera hacer un desaire a Teodora!

Héctor había ido a las habitaciones de su amigo con una intención bien definida; suplantarle en la representación. Podía realizar su intento sin temor a agraviar a aquél. Pero no ofreciéndose a reemplazarle. Esto tenía el inconveniente de que el interesado se negase a acceder a la oferta. Había otro medio, mucho más práctico, y, sobre todo, más rápido, pues la fiesta iba a empezar un cuarto de hora después. ¿Qué hizo, pues? Sencillamente: lo encerró en un cuarto bajo llave.

Gracias a un programa, Héctor se impuso de lo que debía hacer en aquel primer acto. Leyó la síntesis del argumento:



Y sus lágrimas fueron como un alivio y un injerto de energía.

El romántico drama en el que se reproduce la historia del galante sir Claudio Lovelace, que disfrazado de salteador de caminos, asaltó la

diligencia de York, desafió a su padre y huyó con la hermosa lady Margarita Wildacre a Gretna Green.

El papel era fácil. Se prestaba a maravilla a su proyecto. La fuga con Teodora era ideal.

Apareció en escena, con el rostro tapado con un antifaz; salió al paso de la diligencia, y, pistola en mano, obligó a todos a apearse, a todos excepto Teodora, que representaba el rôle de lady Margarita. Conseguido esto, subió al pesante del coche, cogió las riendas de los caballos, y los puso al galope.

Los invitados, al ver que el coche no se detenía en el límite del escenario natural, se sorprendieron, y creyeron que los caballos se habían desbocado.

El joven que fué encerrado por Héctor, había sido libertado por un criado de la casa, y presenció la escena, comprendiendo los manejos del conde. Ante el temor general de que corriera éste y Teodora un grave peligro, apresuróse a poner las cosas en claro:

—Aunque les extrañe, soy yo, señores. Me encerraron en mis habitaciones, y Héctor me ha sustituido en mi papel. Los caballos no se han desbocado. Héctor está enamorado de la señora Brown... y voilà.

A distancia de la finca, Héctor detuvo el coche. Teodora se había desmayado, creyendo

que los caballos se habían desmandado y que de un momento a otro iban a despeñarse en cualquier parte.

El conde ayudó a volver en sí a la mujer amada, y ésta, al despertar y ver a su lado a Héctor, reprimió un grito de asombro. El le suplicaba comprensión. Estaba loco por ella. No sabía lo que hacía.

—¿Por qué has hecho esto, Héctor?—preguntó Teodora, sin lograr adoptar una actitud bastante severa.

—Porque tú hacías todo lo posible por librarte de mi presencia... ¡Porque estoy loco de amor por ti, Teodora!

—¡Oh, Héctor, no me hables así!

—¿Por qué luchar, Teodora?... ¿Por qué sufrir?... Vámonos... hoy mismo... lejos de aquí.

—¡No, no!... Jamás se apartaría de nosotros el recuerdo de mi sagrado juramento quebrantado.

—¡Pero, Teodora...!

—Tenemos que ser más fuertes que nuestro amor, Héctor.

—¡Nuestro amor es más fuerte que todo!

—¡El deber es lo primero, Héctor!... ¡Es preciso que te marches hoy mismo y que no volvamos a vernos!

Los lacayos que, espantados, corrieron detrás del coche, llegaban en aquellos momentos. Héctor simuló que, en efecto, los caballos se habían

desbocado, y regresó a la finca, con un dolor profundo en su corazón.

Comprendía la razón que asistía a Teodora, y, sin detenerse a pensarla, se fué a Londres en el primer tren.

Unos días después, cuando el último invitado de Beachleigh se hubo marchado, Marcela vió en la mesa en que se depositaban las cartas para ser cursadas a su destino, dos sobres que llamaron su atención, despertando su curiosidad.

Figuraban en ellos, respectivamente, estas direcciones:

*Lord Bracondale
Plaza de San Jaime, 102
LONDRES W. D.*

*Mr. Julio Brown
Hotel Claridge
Calle Brock
LONDRES W.*

¿Qué dirían aquellas cartas? Los celos dieron una mala acción a Marcela. Abriría los sobres al vapor, se enteraría de las misivas, y volvería a cerrar los envoltorios.

Y aquella misma semana en Londres, cuando llegó el correo, por una sencillísima y explicada

confusión, por no acusar a Marcela de mal intencionada, Héctor, recibió dentro de su sobre la carta que Teodora había escrito a su marido, y éste, dentro de su sobre, la que su esposa había destinado a Héctor.

Veamos lo que decían una y otra carta:

Querido Julio:

Espérame en Londres el jueves. Quiero reunirme contigo cuanto antes y he resuelto no esperar tu regreso a esta.

Te abraza

Teodora

Querido Héctor:

Esta es la última vez que me dirijo a ti, poniendo esa palabra junto a tu nombre.

Quiero repetir por escrito lo que ya te he dicho de palabra. Juro fidelidad a mi marido al pie del altar y la felicidad sería imposible si quebrantase mi juramento.

Voy a Londres, y te ruego que te marches tú antes de que yo llegue.

¡Sí, Héctor! ¡Nos hemos despedido para siempre y no debemos volver a vernos!

Teodora

Héctor se dió cuenta al momento del error de Teodora al cerrar las cartas (él no podía suponer que Marcela las había abierto), y comprendiendo la gravedad de la situación si el señor Brown llegase a leer la carta que no iba destinada a él y en la que, sin duda, habría una revelación de unos amores imposibles, pero los cuales tal vez serían equivocadamente interpretados, trasladóse en *auto* al hotel Claridge. Daría toda su fortuna por llegar a tiempo, a fin de poder poner a cubierto de cualquier falsa interpretación el honor sin tacha de Teodora.

Vano empeño.

El señor Brown, alegre al ver en su correo una carta de Teodora, la abrió, y apenas leyó la primera línea, vió confirmada una duda que, en medio de sus dolencias, le asaltara alguna vez. "Querido Héctor" ... ¡Oh, qué infamia! Aquel descubrimiento lo abatió completamente. Sintióse viejo, inútil, incapaz de hacer feliz a una mujer. Había cometido un gran error casándose con Teodora. Ella era joven y buscaba compañía en la juventud. ¡El conde era su pareja ideal! Sí, no se le ocultaba la verdad. Pero ¿merecía él aquel desengaño? No había procurado satisfacer todos los caprichos, por nimios que fuesen, de su joven esposa? ¡Qué cruel era la vida!

Lloró. Jamás conoció tan grande dolor como en aquellos momentos de decepción. Sus riquezas

no estaban en proporción con sus condiciones físicas. Todo era ya gris para él. Sus riquezas no servían para nada. ¡Malditas!

Héctor se anunció. El señor Brown apenas tuvo tiempo de enjugar sus lágrimas.

Apenas ante él, comprendió Héctor que el marido de Teodora lo sabía todo. Además, la carta temblaba en sus manos.

—¡Merece usted que le mate, ladrón! ¡Me ha robado el cariño de mi esposa! —gritó el ofendido esposo levantando su puño sobre Héctor.

—Señor Brown... Las apariencias...

—¡Lea usted, falso amigo!

Héctor no se atrevía.

—¡Lea! ¡Lea!

Leyó. Con voz apagada, pronunció:

—Nos hemos despedido para siempre, y voy a marcharme de Inglaterra. ¡Palabra!

—¡Antes debía haberlo hecho!

—No me verán ustedes más. Mi mayor sentimiento es haber llenado de tristeza su corazón.

De nuevo a solas con su honda pena, el señor Brown leyó la carta que Teodora le escribiera y que fué recibida por Héctor, y ante el temor que ella le expresaba de quedarse más tiempo sola en Beachleigh, la convicción de que la joven mujer amaba al conde tomó gigantescas proporciones en su agitado espíritu...

La expedición al África del Norte iba a efec-

tuarse. Sir Lionel Grey visitó al señor Brown, para despedirse.

—Bien, señor Brown, mañana nos vamos... Es una lástima que no nos acompañe usted.

El desengaño inesperado había convertido en otro hombre al infeliz. Debía olvidar.

—He cambiado de modo de pensar—dijo a su visitante—. Les acompañaré a ustedes al África.

—¡Oh, no le pesará a usted, créame! ¡Ya verá el fruto que sacamos de nuestras excavaciones!

* * *

Cuando Teodora llegó de Beachleigh, se enteró con gran amargura de la repentina e inesperada salida de su esposo para la peligrosa misión científica, y en su congoja, temiendo que Héctor hubiese hecho algo que no debía, fué a pedirle explicaciones.

—¡Teodora! ¿Tú en mi casa?

—¡Héctor! ¿Por qué se ha unido Julio a la expedición? ¿Qué motivo puede haberle impulsado a cambiar de modo de pensar?

—Pero es cierto que ha partido?

Ella le dió a leer una carta. En ella decía el señor Brown a su esposa, lo siguiente:

Mi querida Teodora:

Me voy con sir Lionel Grey a reunirme a la expedición científica al norte de África.

Durante mi ausencia quiero que te diviertas cuanto puedas y que no te preocupes por mí.

Julio

Entonces Héctor, contrito, enteró a Teodora de lo que había ocurrido.

—¿Cómo es posible ese cruce de cartas?—preguntábase, desesperada, Teodora.— ¡Claro! ¡Julio ha pensado de nosotros lo peor! ¡Oh! ¡Es horrible! Y eso es lo que le ha impulsado a irse... ¡Pero hay que hacerle volver a toda costa!

—Sí, tenemos que detenerlo! Telegrafía a tu padre que venga a unirse con nosotros. No debemos ir los dos solos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre Julio!

.

Después de una semana de camino por las inhospitalarias arenas del desierto, la expedición de la que Julio Brown formaba parte, llegaba a su destino.

Y después de un rápido viaje a través de Francia y del Mediterráneo, Teodora, su padre y Héctor, escoltados por un pelotón de soldados argelinos, emprendían la marcha a través del gran Sahara.

Al amanecer de aquel día, los acompañantes de la expedición científica invocaban, como de costumbre, la protección de Alá. Y en seguida dió comienzo el trabajo de la jornada, y los expedicionarios se sumían en los misterios del pasado...

En tanto, con el punto de su destino casi a la vista, Teodora y su caravana proseguían su camino.

Los excavadores hicieron un hallazgo. El profesor lo examinó, y dijo al señor Brown, que acudió a examinar lo desenterrado.

—Esta es la narración del castigo que imponían los antiguos egipcios a la esposa infiel—dijo el profesor a los que le rodeaban. Y refirió dicho castigo:

“La adúltera era atada a una columna hundida en la arena, casi desnuda, y uno tras de otro, los habitantes del lugar le arrojaban encima un puñado de arena. Después de este escarnio, abandonada en el desierto, la tempestad de arena la hacía desaparecer en sus entrañas para siempre.”

Al terminar el profesor el relato, dijo el señor Brown, melancólicamente:

—Estaría casada con algún viejo reumático y egoísta.

Ni que decir tiene que la salida desconcertó al científico.

Aquel día, el peligro rondaba el campamento de los expedicionarios. Y, de pronto, como surgido de la nada, apareció, no lejos de allí, Hassan Ben Ali, jefe de una banda de salteadores del desierto, que no respetaba ley humana ni divina.

Los árabes al servicio de los excavadores dieron la voz de alarma, y parapetándose como

pudieron, hicieron frente al ataque de los foragidos, que se lanzaron sobre ellos al galope.

El tiroteo era cerrado. Caían los piratas, certamente alcanzados.

El profesor, indignado, exclamó:

—¡Este ataque es un atropello brutal! Daré cuenta de él al ministro personalmente.

A lo que sir Lionel Grey, imperativo, contestó:

—Agáchese usted si no quiere ir a dar cuenta del ataque al otro mundo!

En efecto, la lucha adquiría proporciones fantásticas. Las municiones de los expedicionarios escaseaban, y los facinerosos atacaban furiosamente.

El señor Brown se defendía desde su tienda con ardor juvenil. Pero terminó sus cartuchos. Entonces, presintiendo que iba a caer prisionero de aquellos salvajes, y todo a su dolor aún, desde el desengaño sufrido, ofreció, desesperado, su pecho, a la muerte, y ésta acató su deseo.

El cuerpo del pobre millonario se desplomó casi sin vestigios de vida.

Y simultáneamente, las tropas argelinas, tras de las cuales iban Teodora, su padre y Héctor, lograban poner en fuga a los piratas, persiguiéndoles encarnizadamente.

La noticia de la desgracia ocurrida al señor Brown cayó como un mazazo en la cabeza de su esposa y sus amigos.

Teodora acercóse sollozante a él.

—¡Julio! ¡Julio!

Héctor, nublada su vista, estaba allí también, junto a Teodora, mirando al herido.

El señor Brown abrió los ojos, posólos en Teodora, luego en Héctor, y satisfecho, estrechó sus manos, uniéndolas sobre su corazón.

—Gracias, Teodora... No debí dudar de ti... Ahora puedo morir tranquilo... Sed felices...

—No, Julio! Yo no quiero que te mueras!
¡Vive, Julio, vive!

Todo fué inútil. El corazón del herido cesó de latir, y su última palpitación fué para Teodora.

Un hombre ocultó su rostro en sus manos para llorar... y los que no lo hacían por fuera, anegaban en lágrimas, en lo más íntimo de su ser, la tristeza por la muerte del que hizo de su vida un constante error.

* * *

El recuerdo de la tragedia fué largo y doloroso. Pero no hay nada en este mundo que no se olvide, porque todos tenemos ansia de bienestar.

Por eso, cuando el tiempo enjugó las lágrimas, Teodora y Héctor hallaron la felicidad que no habrían encontrado si no hubieran sabido ser más fuertes que su amor.

Se habían casado. Entre mar y cielo deslizábase su idilio.

Héctor abrazó amoroso a su mujercita, y le murmuró:

—¡Qué razón tenías, Teodora! ¡A tu entereza debemos esta dicha que nos rodea!

Ella no pudo contestarle: ¡Héctor había apresado en los suyos sus dulces labios!

FIN

COLECCIONE USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TÍTULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — **El triunfo de la mujer.** — **El prisionero de Zenda.** — **El joven Medardus.** — **Los enemigos de la mujer.** — **Una mujer de París.** — **El Corsario.** — **Para toda la vida.** — **Cyrano de Bergerac.** — **De mujer a mujer.** — **La Hermana Blanca.** — **El milagro de los lobos.**
¡**Paris...!!** — **Venganza de mujer.**

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles — **Maciste, Emperador.** — **Lirio entre espinas.** — **El que recibe el bofetón.** — **Rómula.** — **Janice Meredith.** — **El Fantasma de la Ópera.** — **El trono vacante.** — **El Caid.** — **Madame Sans-Gêne.** — **América.** — **Cuando las mujeres aman.** — **El Capitán Blood**

Más fuertes que su amor

Precio: **50 cts.**

Próximos números:

ELLA... (del Ciec)

Nobleza baturra (Selecciones Capitolio)

¡ÉXITO GRANDIOSO!

El éxito que obtiene la nueva publicación

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA

es lógico, pues en ella se da a conocer al público la vida íntima de los artistas favoritos de la pantalla

Portada a varios colores

Precio con postal del mismo artista:
35 céntimos

Si no lo ha comprado usted todavía, no deje de adquirir, en cualquier quiosco o librería, el número anterior de LOS GRANDES FILMS

EL CAPITÁN BLOOD

por J. Warren Kerrigan, Jean Paige, etc.

Esmerada presentación - ¡Véalo usted!

LA REVISTA QUE USTED PREFERIRÁ



EDITADA POR

La Novela Semanal Cinematográfica

(28)

